

Carpentier, Alejo (2013). *Diario (1951-1957)*. Armando Raggi, Ed. Cuba: Biblioteca Alejo Carpentier/Editorial Letras Cubanas.

DOI: <http://dx.doi.org/10.15359/tdna.31-57.7>

El *Diario* de Alejo Carpentier: una novedad reveladora

Entre las muchas atracciones editoriales que nos deparó la pasada Feria del Libro de La Habana 2014 ocupa un lugar destacado el *Diario* (1951- 1957) de Alejo Carpentier. Con la presente entrega se accede a la edición anotada de un cuaderno íntimo del autor, de gran utilidad para investigadores, críticos, profesores de literatura, pero también muy atractivo para los lectores en general.

Con investigación, estudio introductorio y notas de Armando Raggi, que revelan rigor académico y alto nivel

profesional, este volumen se convierte en un complemento indispensable para todo aquel que desee adentrarse en el estudio de la obra narrativa del novelista cubano. Abarca un importante período de la vida del autor, en el que se gestaron obras de madurez, como sus novelas *Los pasos perdidos*, *El acoso* y *El siglo de las luces*, y su relato *El Camino de Santiago*.

Aunque concebido para su desahogo personal, llama la atención el hecho de que fuera minuciosamente mecanografiado. Lo anterior hace pensar en intenciones de publicación, bien por el propio autor, quien había hablado de los diarios en un artículo para la sección «Letra y Solfa», (Díaz-Acosta, 2001, pp. 59-60 citado por Raggi, 2013) de *El Nacional*, o por los futuros albaceas de sus obras. Aún así, en el diario carpenteriano hay que leer no solo lo que se dice, sino, como afirma Raggi, «lo que no se escribe» (Raggi, 2013, p. 22) pues el propio escritor confiesa que «aún en un diario, no se enseña el verdadero rostro» (2001, p. 63).



Se nos presenta una faceta poco conocida de Carpentier, a quien muchos suponen una cómoda existencia caraqueña, en este hombre angustiado por su trabajo de pan ganar en la publicidad radiofónica. Sufre la ausencia de tiempo para dedicarlo a la creación literaria; a ratos se deprime al verse atrapado en la maquinaria financiera que le garantiza el sustento, pero le impide realizarse a plenitud en el ejercicio de la escritura.

Estas páginas ayudan a entender mejor la concepción del personaje protagónico de su novela *Los pasos perdidos*, émulo moderno de Sísifo con la piedra a cuestas, pues como diría sabiamente Unamuno: «Toda novela verdaderamente original es autobiográfica. El autor-poeta más bien (...) se da en todas y cada una de sus criaturas» (Repertorio Americano, 1922, T. III, No. 22, p. 302).

De otro lado, aparecen zonas de un fino humor, irónico a ratos, que alcanzan diversas facetas de la vida cotidiana del autor, así como juicios en torno a sus contemporáneos. Su reencuentro en Caracas con el guatemalteco Miguel Ángel Asturias revela la entrañable amistad de ambos desde los días de juventud en el París de los años veintes, cuando ninguno de los dos había alcanzado el prestigio literario de la madurez. Descubrir en

el amigo de antaño ciertos rasgos de jactancia y vanidad que no le conocía, lo hace emitir juicios duros contra su novela *El papa verde*, que le parece deplorable, y reafirmar cuánto aprecio le merecen obras trascendentes del futuro Premio Nobel, como *El señor Presidente* y sobre todo *Hombres de maíz* (2013, p. 131 y p. 138).

Tal vez una de las páginas más sorprendentes en este sentido sean las que consagra a otro contemporáneo suyo, el español Camilo José Cela, quien visitó Caracas en 1953. Reseña largamente una cena en la que el autor de *La colmena* mostró de un modo u otro su lado reaccionario, respondiendo siempre con evasivas para no criticar al franquismo cuando se le interroga por la vida intelectual madrileña posterior a la Guerra Civil. Carpentier va develando, con fina ironía, la falsedad del personaje, escurridizo siempre, pero que acaba mostrando al observador sagaz su verdadero rostro. Afirma rotundamente respecto a Cela:

Hay en él mucha amargura, un gran complejo colonial, y un desconocimiento total de América. Amargura, porque siente que pisa un terreno donde se le mira con más curiosidad que admiración. Complejo colonial...porque vuelve al espíritu de los «heraldos de la raza» que visitaban a América



hacia el año 1920 (...), siempre insatisfecho con los homenajes rendidos (2013, p. 119).

La música se nos revela como una constante en la vida del novelista y musicólogo cubano, que confiesa en estas páginas sus aventuras como ejecutante de varios instrumentos, así como sus esfuerzos organizativos del Festival de Música Latinoamericana. Estas son experiencias que de modos disímiles nutren su quehacer narrativo de estos años. Sus comentarios, por ejemplo, acerca de las emociones que en él despierta la *Sinfonía Heroica*, de Beethoven, conducen al lector a una revisión de una de sus obras más complejas desde el punto de vista narrativo, su novela *El acoso* (1956), cuya acción transcurre, según expresó más de una vez el propio Carpentier, en el tiempo que demora una ejecución correcta de dicha pieza.

Su desacuerdo en algún punto con músicos que respeta profundamente en lo profesional, o que incluso, como es el caso del cubano Julián Orbón, son sus amigos, lo conduce a expresar sus juicios, pero también le acarrea una desazón espiritual que puede tardar días en desaparecer. Sus conclusiones pueden aparecer por los caminos más inesperados. Quiero llamar la atención sobre algo, que cuando se lee dentro del contexto,

parece ser una errata, ya que está seguida de la profunda convicción de Carpentier respecto a la africanía de la música cubana:

Julián niega la posibilidad de una cultura que tenga en cuenta sus raíces americanas. Pero olvida que Cuba, en el primer medio siglo de su vida autónoma, produce cuatro artistas punteros: Roldán (mulato tirando a negro); Caturra (que solo podía fornicar con negras); Lam (negro); y Alicia Alonso que, sin tener nada de negro, descuella en un arte que los negros practicaron como nadie: la danza (2013, p. 80). [Cursivas agregadas]

Comparte también sus impresiones respecto a los autores y lecturas que emprende a diario. Una de las zonas más interesantes en este sentido son sus criterios en torno a la picaresca española. Su entusiasmo al respecto es verdaderamente contagioso:

Leído -de ayer a hoy- el Diablo Cojuelo de Vélez de Guevara con verdadero alborozo. Era de esos clásicos que todo el mundo presume de haber leído, y del cual no conocía una línea. El idioma, el giro de las imágenes, la gracia... todo me maravilla en ese libro que me ha dado ganas de entrar, por un tiempo largo, en el ámbito de la novela picaresca española. Tal vez esté allí la clave de una posible novela



americana, distinta de la hecha hasta ahora. Desde mañana voy a ponerme en busca del Estebanillo, el Guzmán de Alfarache (...) y el resto...La amargura de los picarescos, además, es tema de meditación para el presente (pp. 80-81).

Leyendo esta zona del volumen comprendemos mejor cómo esta novelística se convierte en motivo recurrente de buena parte de su obra, especialmente sus relatos «El camino de Santiago» y «Semejante a la noche». Incluso, será una pauta, que a nuestro modo de ver, incidirá en obras de plenitud creadora, como *Concierto barroco* y *El recurso del método*, ambas de 1974, o en su última novela, *El arpa y la sombra* (1979).

En estas páginas el escritor, narrador, pensador, en suma, revela a veces una prosa de contenido aforístico en el que se vislumbran verdades universales, útiles para todo tipo de lector, pero sobre todo para quienes optan por el camino de la creación literaria.

Estas afirmaciones parten siempre de alguna experiencia intelectual, estética o vital previa, que lo conducen a conclusiones muy personales sobre algún tema. Así, por ejemplo, declara respecto al papel de la vivencia del narrador (cuentista, novelista) en la creación literaria: «Un escritor consciente solo debe hablar de oficios

que ha practicado, de enfermedades que ha padecido, de idiomas que habla, de lugares que ha visitado, de personajes [mujeres, sobre todo] que ha conocido íntimamente, lo demás es mala literatura» (p. 38).

También afirma de manera sentenciosa, seguramente a partir de su propia experiencia personal: «No hay buena sensibilidad literaria sin sensibilidad musical» (p. 87). Un poco antes, en esta misma página, cuenta cómo se preparó a conciencia antes de bautizar al hijo de su amigo Juan Liscano. Concluye este pasaje con una afirmación tajante, escrita entre paréntesis, como para explicar mejor su respeto por lo que acontecerá unas horas después en la iglesia: «(Los ritos son, en fin de cuentas, lo único limpio que queda al hombre moderno)» (p. 87).

Este *Diario* de Alejo Carpentier, y el magnífico material informativo que lo acompaña en notas a pie de páginas e índices, aún con ser un valioso documento para especialista en literatura y otras disciplinas afines, es también un texto delicioso, que se lee con fruición hasta la última página. Tal es así, que ante la certeza del fin, el lector lamenta que el volumen se haya terminado.

Marlene Vázquez-Pérez
Centro de Estudios Martianos, Cuba



Referencias bibliográficas

- Carpentier, A. (17 de septiembre de 1952). El diario de cada cual. En *Letra y Solfa 8: Literatura. Poética*, América Díaz Acosta, editora. Cuba: Letras Cubanas, 2001, pp. 59-60
- Carpentier, A. (2013). *Diario (1951-1957)*. Armando Raggi, Ed. La Habana: Biblioteca Alejo Carpentier/Editorial Letras Cubanas.
- De Unamuno, M. (1922, 23 de enero). De actualidad. En *Repertorio Americano*. J. García-Monge, Ed. Tomo III, No. 22, p. 302
- Raggi, A. (2013). Los avatares de un escritor, estudio introductorio. En *Diario de Alejo Carpentier*. La Habana: Letras Cubanas.



Licencia Creative Commons
Atribución-No-Comercial
SinDerivadas 3.0 Costa Rica.